

www.alfaguara.com/co
Empieza a leer... Barba Jacob el mensajero

Fernando Vallejo
Barba Jacob el mensajero

ALFAGUARA


ALFAGUARA



© 1991, Fernando Vallejo

© 2003, Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

De esta edición:

2008, Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

Calle 80 No. 10-23

Teléfono (571) 6 39 60 00

Fax (571) 2 36 93 82

Bogotá

• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

Avenida Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Santillana Ediciones Generales, S.A. de C.V.

Avenida Universidad, 767, Colonia del Valle

México, D.F., 03100

• Santillana Ediciones Generales, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

ISBN: 978-958-704-653-3

Impreso en Colombia

Primera edición en esta Biblioteca: septiembre de 2008

Diseño de cubierta: Ana María Sánchez

© Imagen de cubierta: Barba Jacob, foto de *El Universal Ilustrado*

© Foto del autor: Alejandra López

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Camino de la muerte, en México, conocí a Edmundo Báez que me habló de Barba Jacob. Me dijo que se lo presentó una noche Juan de Alba en un café de chinos de la calle de Dolores que el poeta frecuentaba, en el Canadá por más señas. Edmundo acababa de llegar a la ciudad de México de su tierra Aguascalientes a estudiar medicina, y era el año treinta y cuatro y tenía veinte años. Juan de Alba veintidós y un falo descomunal. Con la palabra griega me lo dice Edmundo y con la palabra griega aquí lo escribo, lo transcribo, en grafía castellana. Este idioma clerical carece de palabras adecuadas para expresar tantas cosas de la vida, y así anda uno hablando en griego y eufemismos y perífrasis, de maromero del lenguaje por las ramas, por las copas de los árboles que en idioma tubnibita, el que inventó Juan de Alba, se llamaban «frondanébulas». ¡Qué le vamos a hacer!

Fornido y apuesto, de San Luis Potosí y familia aristocrática, vivía Juan de Alba con los suyos en una casona inmensa de la calle de Colima con la avenida Insurgentes, en esta fea, insulsa, inefable ciudad de México, en este moridero. A tantas cualidades juntas, que juntas tan pocas veces se dan, Juan terminó por sumar-

les la última, la suprema, la locura: loco murió, con una enfermedad suya propia que el eminente psiquiatra doctor Salazar Viniegra le clasificó como parafrenia, la unión de la paranoia y la esquizofrenia. Los últimos doce o quince años de su desvirolada vida los pasó en otra casa grande, el manicomio, un manicomio de monjas (regentado por ellas, quiero decir). Inventó un idioma, el tubnibita, que se hablaba en Túbniiba, rival de Roma, basado en el sistema de absorción litero-mental, que él también inventó, mediante el cual se tramaban dos o más palabras en una sola como en una cópula, de suerte que la copa de los árboles se llamaba en tubnibita «frondanébula», y sobre la «verdisoltristada pradera» caía tubnibitamente nuestro padre el sol. En memoria de Juan de Alba aquí les transcribo estos versos suyos de uno de sus más dementes poemas: «Y otra agua lúgubre gime oculta en el misterio de una casa sorda, y la ánima de un pájaro rojo y loco, loco y tenebroso, tenebroso y sonoro, sonoro y monótono, y el pájaro se llama triste y tierno: el pájaro se llama corazón». El conocer a Barba Jacob ha debido de ser para él una revelación: Barba Jacob que inventaba extrañas combinaciones de palabras: «minúsculo adminículo lumínico». Barba Jacob que alucinaba con los nombres mayas: Chichén, Kabán, Labná, Tulum, Copán, Quiriguá. Barba Jacob que deliraba con los nombres del tarasco: Querétaro, Cóporo, Carácuaro, Nucuntétaro, Acámbaro, Yuririhapúndaro, Tzaráracua, Panragaricutirimicuaritiro... El forjador de «Acuarimántima» que de niño maldecía por los corredores de su casa de Angostura llevado por las ondas coléricas, en el enlo-

quecido idioma que le dictaba el arrebató de su furia: «La galindinjóndi júndi, la járdi jándi jafó, la farajíja jíja, la farajíja fó. Yáso déifo déiste húndio, dónei sópo don comiso, ¡Samalesita!»

En el diario que llevaba Juan de Alba de muchacho, en el que contaba las cosas más escabrosas con la más tierna naturalidad, Edmundo Báez leyó un breve episodio que se refería a Barba Jacob y que decía algo así como esto: «Hoy conocí a Barba Jacob. Deslumbrante. Al poeta le gustó mi falo. Posesión». No sé cómo se diría falo en tubnibita. Hace muchísimos años que murió Juan de Alba, y no hay forma de preguntárselo, y no hay forma de saber.

Tampoco sabremos quién lo presentó con el poeta. Lo que yo sí sé, porque Avilés mismo me lo dijo, es que otro que le presentó Juan de Alba a Barba Jacob fue René Avilés, a quien he ido a buscar, a entrevistar, a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, a preguntarle por el asunto ese de que anduvo hablando, escribiendo, veintitantos años atrás en un periódico habanero, en una serie de artículos sobre el poeta que reprodujo *El Nacional* de México: que Barba Jacob no se privó en su desorbitada vida ni del asesinato.

En la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, cuyo boletín dirige, me recibe René Avilés. Deja en la antesala unos capitanes de barco esperándolo, y en una estancia invadida de maquetas de navíos y mapas se encierra conmigo a evocar al poeta: sus ademanes, su voz, su paso, lento, largo, inseguro. «No trate de acordar su paso con el mío –le decía–. Mi paso es desigual y tiene un ritmo propio»: caminaba de un mo-

do tan irregular que era difícil aparearsele. Y la voz, la voz imponderable, como de anacrónico auriga un poco ebrio, entre silbatos y claxons, rumbo a su hotel por la calle Ayuntamiento, como guiando sobre el asfalto unos caballos. «Nunca podré olvidar esa voz. Era un encanto más en su conversación, en la magia de las ideas y los ademanes». Ya sé a qué hotel se refería Avilés: al Sevilla, de que tantos me han hablado. Pero, ¿por qué evocar los caballos? ¿Reminiscencia literaria acaso del cuento de Rafael Arévalo Martínez sobre el señor de Aretal, «El hombre que parecía un caballo»? Estamos en 1976 hablando del año treinta y cuatro o treinta y cinco, cuando Juan de Alba le presentó a Barba Jacob, «que era homosexual y marihuano, ¡y lo pregonaba a los cuatro vientos!», y el pobre Avilés, maestro de escuela, casado y padre de un hijo y que vicios no tenía, no conocía, ingresó aterrado al círculo de degenerados que rodeaba al poeta: borrachos, homosexuales, marihuanos. Y Rafael Heliodoro Valle. ¿También? También del círculo vicioso. «Cojeaba del mismo pie de su amigo» y le gustaban los muchachos, o más exactamente los marineros. Si bien, la verdad sea dicha, por lo menos Rafael Heliodoro no fumaba marihuana. Y entonces Avilés se abre a mí y me confiesa, como si me confesara la más terrible verdad de su vida, que él mismo, él, Avilés, el maestro de escuela casado y padre de un hijo, «llegó a fumar marihuana con Barba Jacob y los que le rodeaban».

De ese pecado, señor Avilés, yo lo absuelvo. Ego te absolvo. La marihuana hace tiempo que pasó de moda. Incluso se está volviendo a poner... Pero no se lo

digo: lo pienso. Es mi opinión que los santos se hacen santos a fuerza de remordimiento. Dunque, lasciamo stare. Que el alacrancito del remordimiento le siga cosquilleando el alma...

Pero hablando de marineros... Avilés me cuenta una historia que les habré de oír en adelante a muchos, en México y Cuba por donde Barba Jacob anduvo pregonándola: su aventura con Federico García Lorca una noche, en el malecón de La Habana, donde dejó a su joven amigo español esperándolo mientras para hacerle una obra de caridad iba a conseguirle un marinero. Cuando regresó con el objeto de su búsqueda ya no encontró al otro, que atemorizado se había marchado. Y se tuvo que ir él mismo con el marinero. De lo cual el desvergonzado poeta concluía: «Nadie sabe para quién trabaja». Lo usual, en verdad, era que al pobre Federico lo dejaran esperando. Neruda lo deja en sus Memorias a mitad de la subida de una torre vigilando, mientras él arriba se acuesta con una muchacha. ¡Y Federico se rueda por la escalera!

De lo que Avilés me cuenta y yo recuerdo, recuerdo una tarde en que el joven visita a Barba Jacob en su hotel y se ponen a charlar sobre los poetas de México. «No muy convencido de su importancia» el joven menciona a Enrique González Martínez, y para su asombro Barba Jacob, «el ángel de las palabras encendidas y diabólicas», al conjuro de ese nombre santo suavizó su expresión, se humanizó, y por un momento pareció recobrar la serenidad. ¿Pero santo, señor Avilés, en este mundo de los hombres, en esta tierra que gira? Amigos míos y admiradores suyos me han conta-

do que después de que murió su mujer, y ya de viejo, se encontraban a don Enrique consiguiéndose criaditas en los cines. Como las pasiones morbosas de Barba Jacob, la vida limpia, ordenada y constructiva de González Martínez era un lugar común. Que no sólo Avilés el ingenuo, sino Barba Jacob el perverso se tragó. Barba Jacob que lo trató por treinta años, y que vivió cincuenta y ocho bien vividos, haciendo incluso una que otra obra de caridad. Ni tan diablo pues el diablo ni tan santo pues el santo. Hombres simplemente de dos patas y materia vil. Lo que Barba Jacob se conseguía eran «boleritos», limpiaboticas, pero no en la piadosa oscuridad del cine (que no le gustaba), sino a plena luz de la plaza. ¡Y Morelia o La Piedad o Chilpancingo ponían el grito en el cielo!

Luego Avilés pasa a contarme de cuando acompañaba a Barba Jacob (Avilés en la pobreza y Barba Jacob en la miseria) a comer en fonditas humildes de la calle de Dolores o de San Juan de Letrán. Su arrobamiento ante la comida mexicana que pasaba con el pulque, «el vino del Anáhuac». Que por no claros motivos huía del poeta para terminar volviendo a él, al personaje deslumbrante, encandilado por la luz del mal que lo atraía como a la chapola la llama. Que dejaron de verse con la frecuencia de antes cuando Barba Jacob empezó a escribir en *Últimas Noticias*, y el poeta que se moría de hambre se convirtió en un periodista «virulento y aun malintencionado pero bien pagado». ¿Y del asesinato qué? Del asesinato nada. Que se lo dijo Tallet: José Zacarías Tallet, años ha, veintinosecuantos, en La Habana, y a lo mejor Tallet ya ni existe. Que

en la Frontera Norte, que no sé cuándo, que a no sé quién... Pero mi querido amigo Avilés, andar por estas tierras malpensadas, sugiriendo con la pluma deslenguada que Barba Jacob fue un asesino «porque se lo dijo Tallet» a mí me pone los pelos de punta. ¿Le estoy siguiendo entonces la pista a un asesino? ¿O a un poeta? ¿O qué?

Extraño personaje Avilés y más extraña su relación con Barba Jacob. Ese mirar del joven fascinado, desde el borde hacia el fondo del abismo, arriesgándose a caer... En el alma de nadie, tal vez, haya quedado la huella del poeta tan profundamente grabada como en la suya. ¿En la de Arévalo acaso, que lo retrató en el señor de Aretal? Es que el espíritu une por sobre la moral pasajera. Barba Jacob, que era el escándalo, era el sol.

Al despedirnos Avilés me regala, dedicada, una antología de poemas de Barba Jacob que él editó con su dinero. Y con un prólogo suyo y la vera efigie del poeta grabada por Leopoldo Méndez. Hablando en ese prólogo de abismos y caballos desbocados. Lo dicho pues, pero con más atildadas razones o comedidas palabras.

A principios de 1980, cuatro años después de esta entrevista, charlando sobre Barba Jacob en el Sanborn's de la calle Madero con Elías Nandino, éste me informa que Avilés murió seis meses atrás. Otros cuatro años han pasado y otros cuatro y hoy, ante esta mesa negra, en el aquí y ahora, vuelvo a pensar en Avilés, recordando sus recuerdos. De baja estatura tal vez, de complexión débil tal vez, de algo más de sesenta años... Su aspecto exterior se desvanece, se me borra,

pero su espíritu no: perdura en mí. ¿Qué le llevaba a editar esos poemas ajenos con su dinero? ¿Y muerto tantos años atrás quien los compuso, un extranjero? Quería, me parece, preservarlos del huracán del Tiempo. Edmundo Báez, Tallet, Avilés, el señor de Aretal, González Martínez, Leopoldo Méndez, Nandino, Arévalo... Mil novecientos treinta y cuatro, treinta y cinco, cincuenta y dos, setenta y seis, ochenta, ochenta y ocho... Perdón por los nombres. Perdón por las fechas. Son las tablas de salvación en el naufragio del olvido.

Miguel Aparicio, un viejo periodista que trabajara en *El Mundo* y uno de los fundadores de la Escuela de Periodismo cubana (la primera que hubo en América), me da la noticia al llegar yo a Cuba de que Tallet aún vive: que lo vio pocos días antes en la filmación de un documental sobre él y la vieja Habana, en los alrededores del edificio donde funcionaba el periódico, en el lugar donde estuvo el famoso café del mismo nombre, el Café El Mundo, centro de reunión de intelectuales y bohemios, cuando aquí había intelectuales y bohemios. Y periodismo. Y Cuba tenía el periódico más antiguo de la América Española, el *Diario de la Marina*, y diez o más periódicos, y revistas literarias como *El Fígaro* que duró cuarentipico de años, y no estábamos circunscritos los cubanos, como hoy, como ahora, al pasquín del *Granma*: cuatro hojas de panfleto que no llegan ni a periodiquillo de secundaria. En fin...

El apartamento de José Zacarías Tallet es ruinoso y triste como toda la isla. ¡Qué! ¿No tiene esta revolución miseranda ni para pintarle la casa a un precursor? ¿Y nonagenario? ¿De dos o tres que se inventaron

el único que queda? ¿Y ya para morir? ¿Se llevaron los gusanos y los marielitos hasta los tarros de pintura? ¡O qué! ¿No les dan suficiente limosna los rusos? ¡Con que esto es la revolución, nivelar por la miseria! Apuntalar los edificios que les dejó el capitalismo con estacas hasta que se caigan de viejos porque la revolución es incapaz de construir nada nuevo. Y a seguirse limpiando el hocico revolucionario con las servilletas raídas de los restaurantes y hoteles de Batista, mezcladas las de unos con las de los otros, todas patrimonio nacional. Es que la revolución apenas lleva quince años, veinte años, treinta años, y treinta años no son nada compañeros porque como dice una valla inmensa a la salida del aeropuerto habanero: «La Revolución es eterna».

Pero en mi encuentro con Tallet no hablamos de estas cosas, evitamos el tema. Por obvio, por sabido, por padecido. La revolución dio el zarpazo y basta. El enfermito se murió. Además, ¿qué puede decir Tallet el precursor, sobre quien filman documentales? ¿Tallet que anduvo con Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena? ¿Que se casó incluso con la hermana de éste, Judith? Ese par de fanáticos lunáticos, por si usted no lo sabe (laguna inmensa), fundaron el partido comunista cubano a mediados de los veinte, en tiempos de Machado, cuando Barba Jacob andaba con ellos y con Tallet, y Machado, con mano firme y garrote duro, les daba palo. Inveterado huésped de hoteles y hoteluchos y pensiones y hospitales sin pagar, Barba Jacob se había instalado con su hijo Rafael en la «cueva roja», la vetusta casona de la ciudad colonial, en Empedrado y Tejadillo, donde en asocio de un contingen-

te de obreros y verborreros e ilusos, y los venezolanos exiliados de Juan Vicente Gómez, Mella y Martínez Villena fraguaban la revolución: en un recinto en forma de zaguán, largo, estrecho, oscuro, en el abandono, iluminado a medias por candiles de petróleo de que ha hablado Barba Jacob, cubiertos sus altos muros por cuadros obscenos de hombres y mujeres y yeguas copulando de que me han hablado otros. Tallet no recuerda los cuadros, pero sí que solían pintar dos de los del grupo: José Manuel Acosta y Luis López Méndez, exiliado venezolano. Pues ellos, amigo Tallet, los pintaron. ¿Quién más? Y el retrato que usted tiene en la pared lo pintó Carlos Enríquez: me recuerda uno de Barba Jacob de ese pintor, que ilustró las *Canciones y elegías*. Pero si reconozco al pintor no sé a quién representa su retrato. «A mí —me contesta Tallet—. Carlos Enríquez me pintó, y al día siguiente a Barba Jacob, en casa de Alberto Riera». Así que el viejo que tengo ante mí es el hombre esbelto, de facciones nobles, de cabellos negros y vívidos ojos azules del retrato. La nobleza de las facciones queda pero la estatura se ha reducido, el cabello se ha tornado blanco y el azul de los ojos se ha apagado. Hoy Tallet tiene noventa años, y al compararlo con el que fue, por un fugaz instante siento que cuando yo salga la muerte va a entrar por la misma puerta. Mientras llega, mientras tanto, hablemos de Barba Jacob.

Que se lo presentó Eduardo Avilés Ramírez, nicaragüense, en un café de la Plaza del Polvorín. ¿Avilés? ¿Otro Avilés? Le pregunto entonces por el Avilés que yo conozco, el mexicano, y no lo recuerda. Y me lo explicó: veinticinco años son muchos para el recuerdo

cuando uno es viejo y ya va a morir. Pero no cincuenta: mientras más lejanos brillan mejor los recuerdos. Además, ¿cómo olvidar a Barba Jacob?

Jefe de Redacción de la revista *Chic* y colaborador de *El Herald* «negro», como llamaban a su periódico, Eduardo Avilés había conocido a Barba Jacob en Centro América. Llamó por teléfono a Tallet y le dio la noticia: «Está aquí Arenales». ¡Claro, Arenales! Porque si Eduardo Avilés conoció al poeta en Centro América, y antes de 1922, al que conoció fue a Ricardo Arenales, no a Porfirio Barba Jacob, quien suplantó al otro en ese año. Ahora, en 1925, y después de años sin verse, Eduardo Avilés no podía saber de la substitución. Por eso la frase del recuerdo de Tallet, el «Está aquí Arenales», es la frase exacta, la que pronunció Avilés por el teléfono. En «Arenales» palpita la exactitud del recuerdo.

Y es que al contrario de Eduardo Avilés, Tallet no conoció a Ricardo Arenales, que estuvo en Cuba en 1908 y 1915, sino a Porfirio Barba Jacob, su sucesor, el que volvió en 1925 con el nombre cambiado: exactamente el lunes veinte de julio en el Atlántida, un barco proveniente de Nueva Orleans que esperaban en La Habana desde el seis pero que llegó retrasado, según puede constatarse en las «Noticias del Puerto» de *El País* de esas fechas que anunciaron su arribo «con trece pasajeros y carga general». Entre esos pasajeros anónimos venían Barba Jacob y su hijo.

Enfermo, y desde el hotel en que se alojó, un hotel «en la desembocadura de la calle que subía de la ciudad vieja hacia el nuevo palacio presidencial y la anti-

gua Plaza del Ángel», el poeta mandó llamar a Alfonso Sánchez de Huelva, amigo de su anterior estadía en La Habana, quien en un artículo de periódico ha rememorado el reencuentro. Que subió a su cuarto y se abrazaron. Sin los descomunales bigotes de antes, escuálido, amarillento, los ojos desorbitados, Ricardo Arenales andaba descalzo sobre el azulejo. «Quiero que sepas –le dijo– que tengo un hijo, que vengo de lejanas tierras y que me llamo Porfirio Barba Jacob». Acto seguido le presentó a un mancebo de ojos humildes, al que empezó a reñir con voz autoritaria para demostrar que era su padre.

Lo mismo ha debido de explicarle a Eduardo Avilés Ramírez, quien, me dice Tallet, no se acostumbraba al nuevo nombre, y seguía llamándolo Arenales por la fuerza de la costumbre. Tallet no sabe del hotel que menciona Sánchez de Huelva: recuerda que en el momento en que Avilés se lo presentó, en el café de la Plaza del Polvorín, Barba Jacob fumaba dos cigarros a la vez: uno blanco y otro negro.

Si por Eduardo Avilés Barba Jacob conoció a Tallet, por Tallet conoció a Martínez Villena, y por Martínez Villena a Mella: Julio Antonio, un mocetón mulato, fornido, atlético. Donde dice en el diccionario «fanático» está su foto. Primero en tren, después en bote, después a nado, burlando la prohibición de Machado llegó subrepticamente al Vorovsky, el primer barco ruso que anclaba en las costas cubanas, en la bahía de Cárdenas, a estrecharles la mano a los camaradas. Cuando en un cafetín cercano a la catedral Martínez Villena le presentó a Barba Jacob, Mella inopinada-

mente le preguntó a éste: «¿Es usted comunista?» «Pertenezco a la senectud de izquierda», le contestó Barba Jacob que no era de izquierda, ni de derecha, ni de arriba, ni de abajo, ni del centro, ni tan viejo: tenía cuarenta y dos años. La intempestiva pregunta de Mella lo trata de un plumazo: fanático. Lo cual, en mi opinión, en la oposición está bien: pero no en el poder. Mella no llegó al poder (el sueño máximo de los de su especie) porque después de la huelga de hambre que le hizo a Machado, el tirano lo sacó de Cuba y lo mandó matar. El que sí llegó fue otro, décadas después, verborreico como Mella y déspota y asesino como Machado: un granuja de barba y voz chillona, con el fenotipo, tras la barba, del castrado. Entonces la pobre historia de Cuba, la isla bella, se partió en dos: antes de la revolución, después de la revolución. Así miden el tiempo allá, en la cárcel de esa isla. Treinta años han pasado con su lenta calma, y apagado el huracán la revolución sigue ahí, incólume, como mojón de término. Hoy a las costas cubanas llegan los barcos rusos y se van, con el capricho de la brisa. Allá ellos. Aquí el tiempo se mide muy distinto porque aquí las cosas son distintas, valen distinto. Se mide así: antes de Barba Jacob, después de Barba Jacob.

Mella y Martínez Villena no alcanzaron a ver su sueño realizado, hecho desastre: murieron antes. Otros que andaban con ellos, y con Barba Jacob, sí alcanzaron: lo vieron y lo hicieron: Raúl Roa, canciller semipiterno de las barbas del tirano; Alejo Carpentier, su embajador en Francia; y Juan Marinello, su ministro de no sé qué, redactor de la constitución de la Cuba